

LA EXPERIENCIA DE LA FAMILIA DOMINICANA

Hna. María Jesús Carro, op. Publicado en Monográfico de la Revista Vida Religiosa, cuaderno 5, 2010)

Apoyo y estímulo de las distintas ramas de una familia religiosa

El origen de nuestra familia se enraíza *en y por* la participación de la gracia de Sto. Domingo de Guzmán. La gracia de la compasión es como una herida profunda en su corazón que no se cura sino que permanece abierta hasta hoy en sus hijos e hijas. Y nos hace responsables de mantenerla abierta, de ser su prolongación fiel y creativa, de modo que el grito de la misericordia de Dios se una con el grito de dolor de nuestro mundo.

La Orden dominicana nació como familia, por voluntad de Dios y de Santo Domingo. Al hablar de ella Sta. Catalina de Siena lo expresa de esta manera: «*La nuestra es una familia ancha, llena de gozo y perfumada; toda ella en sí misma, un jardín de delicias*» (*Libro de los Diálogos, C158*). Familia que se hace grande en la interacción tanto como en la interrelación, en el compartir la pasión por la santa predicación, que se hace misión única y común.

Sabernos miembros de una familia, desde nuestro nacimiento es, en sí mismo, un regalo, un don de Dios que percibimos más profundamente según va pasando el tiempo, en la medida en que se desarrolla en nosotros la conciencia de que formamos parte de algo y de alguien: hogar, padres, hermanos, personas cercanas con las que convivimos y compartimos la vida.

Esto que sucede en el orden natural y humano, se repite en el orden espiritual y religioso. Tenemos la convicción de haber sido llamados por Dios a integrarnos en una familia religiosa determinada y no en otra. Poco a poco, vamos descubriendo la riqueza que emana de su talante de vida, de su manera peculiar de descubrir y acercarnos a Dios, y de su carisma. En un proceso, más o menos lento, crece y se vigoriza nuestro sentido de pertenencia, hasta el punto de llegar a afirmar con Yves M. Congar: «**Me siento ontológicamente dominico**». Es la frase más acertada para expresar mi experiencia personal y la de mis hermanas y hermanos en el carisma cuando, como sucedió con Domingo de Guzmán, dejamos crecer en nuestro interior el sentido de un Dios que es Padre lleno de compasión y misericordia por la humanidad sufriente, que nos envía y nos urge a realizar su misión en el hoy de nuestro mundo.

La imagen que considero más ilustrativa para hablar de los fundamentos de la familia dominicana es la de un árbol. Sí, un árbol de cuya savia se alimentan todas sus ramas: Las monjas contemplativas, los frailes, la pléyade de congregaciones femeninas apostólicas, seculares en fraternidades, grupos de jóvenes formando el movimiento juvenil dominicano -MJD-, fraternidades sacerdotales. Si bien cada una tiene su carácter propio y su autonomía, todas participan del carisma de Santo Domingo, comparten la vocación de ser predicadores en la Iglesia y son apoyo y estímulo mutuo para que, siguiendo el símil del árbol, todas sus ramas crezcan y se

vigoricen. A medida que pasa el tiempo, la frondosidad del árbol es mayor y ello anuncia buena cosecha, aunque también es cierto que cada una de ellas crece y se expande a un ritmo distinto que se respeta y se apoya. Si bien alguna de las ramas envejece, el árbol mantiene su vigor y aparecen nuevos brotes que renuevan y prometen buenos frutos. El principal estímulo que nos brindamos unas a otras está en la fidelidad al compromiso de enriquecer y alimentar las raíces comunes del árbol: la oración contemplativa y litúrgica, el estudio sapiencial, la vida comunitaria y fraterna, la pasión por la salvación de todas las personas, la misión de la predicación, la defensa de los derechos humanos, la justicia y la paz, una organización democrática y participativa; todas se encuentran fuertemente arraigadas en la fuente de la Sagrada Escritura de donde absorben la savia que ha de nutrir al tronco y a todas sus ramas.

Caminos recorridos y perspectivas de futuro.

Lo expresado anteriormente es producto de ochocientos años de recorrido, en los que, más allá de la amistad y de la unión íntima entre las ramas diversas, se ha ido desarrollando la toma de conciencia de una complementariedad, de una responsabilidad mutua para trabajar «juntos en misión» en el anuncio del Evangelio al mundo. En este largo recorrido se ha ido acrecentando un auténtico espíritu de colaboración, entre hombres y mujeres, clérigos y seglares, contemplativos y activos, al punto de constatar ya en 1977, en el Capítulo General celebrado en Quezon City, que *«es tiempo favorable para que la familia dominicana llegue a una verdadera igualdad y complementariedad»*, que lleva en sí misma vitalidad suficiente para mantener su fecundidad y esperanza aún en tiempo de incertidumbres.

Los Capítulos generales, tanto de los frailes como de las diferentes Congregaciones, han contribuido notablemente a acrecentar la conciencia de familia, a orientar caminos de revitalización y dar respuestas comunes en la misión. El celebrado en México en 1992 afirmaba que durante los últimos años, la familia dominicana estaba creciendo y se agrandaba, hasta el punto de poder afirmar con el Maestro de la Orden Bto. Buenaventura García Paredes, en 1926, que *«la sangre de Santo Domingo fluye en las venas de todos sus hijos e hijas espirituales»*. También hoy fluye con energía.

Los acuerdos capitulares, las cartas circulares del Maestro a toda la Orden, diversos documentos emanados dentro de la familia dominicana, tienen eco y sirven de tema de reflexión para las comunidades religiosas y fraternidades laicales y sacerdotales; para los encuentros y reuniones de superiores/as mayores, de formadores/as dominicos, de jóvenes formandos, de diversos grupos cristianos afines... Y ello, tanto a nivel local como nacional o internacional. La respuesta se encuentra en la celebración de congresos, jornadas, asambleas, simposios, espacios y foros de reflexión dominicanos abiertos, en primer lugar, a todos los miembros de la familia. Asimismo, se han ido creando instituciones como Dominican Sister

Internacional -DSI-, SEDES (Superiores generales de Congregaciones dominicanas de España), ONG Acción Verapaz, centros de estudio en colaboración, etc.

Los diversos modos de vivir el carisma y el encargo de la santa predicación, las diferentes opciones y estilos de vida se complementan entre sí, acrecientan el vigor y riqueza de la misión, enriquecen generosa y fraternalmente nuestras vidas dando mayor expresividad y credibilidad a nuestra misión común. Misión que nos impone la obligación de escuchar la voz, leer en los ojos y el corazón de quienes nos gritan de palabra o con gestos su deseo: «*queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21).

Domingo estableció la itinerancia apostólica como uno de los medios de evangelización en la Europa de su tiempo. Hoy la predicación, el anuncio evangélico exige a sus hijos e hijas una nueva itinerancia: aunar fuerzas en los campos comunes sin perder el estilo propio, leer la realidad del mundo en que vivimos con ojos abiertos de Evangelio. De esta manera, se trata de ir dando pasos que nos ayuden a realizar ciertas reestructuraciones hacia dentro de las congregaciones femeninas, a unificar provincias y en ocasiones a fusionar o integrar congregaciones con el fin de seguir dando respuestas adecuadas a necesidades reales. Por citar algunos caminos de futuro:

- En el campo educativo se van constituyendo Fundaciones Educativas integradas por distintas ramas de la Familia dominicana. Por ejemplo la de Santo Domingo (FESD) en España que enriquece y acrecienta la respuesta carismática para la evangelización en los colegios.
- Diversos equipos mixtos llevan la predicación desde el púlpito de internet de modo que el Evangelio llegue a todos los rincones del mundo.
- Se fortalecen los órganos de reflexión con capacidad de decisión como son los Consejos Nacionales y los Secretariados de Familia Dominicana, diversos equipos y comisiones para opciones concretas como la de Pastoral Juvenil Vocacional (PJVD), Justicia Paz (JyP), el apoyo de toda la familia a proyectos solidarios, culturales, sociales, presentados por diversas instituciones dominicanas. En todos ellos hay participación y representación de toda la familia
- En Francia y EEUU se han unido varias Congregaciones con resultados positivos hasta el momento.
- Se han fundado comunidades dominicanas en las que participan varias Congregaciones de diversas nacionalidades para dar respuesta a problemas de países en conflicto o con necesidades concretas. Un ejemplo es la creación de una presencia en Kabul (Afganistán) de una comunidad intercongregacional al servicio educativo de los niños que tienen desadaptación mental y física.
- Se llevan adelante tareas pastorales en parroquias, hospitales y otras mediaciones apostólicas trabajando en conjunto con miembros diversos de la familia dominicana. También en trabajo inter congregacional, por supuesto

Las perspectivas de futuro son esperanzadoras. A pesar de que en el viejo continente suframos crisis vocacional, está claro que lo importante es mantener

con vigor el carisma que hemos heredado de Sto. Domingo. Es un don del Espíritu a la Iglesia y como tal tiene validez para los tiempos que vivimos.

El futuro pasa, en primer lugar, por mantenernos abiertos al Espíritu para descubrir que «algo nuevo está naciendo» en nuestra familia religiosa dominicana como en todas las demás familias religiosas. Él es quien nos lanza a abrir los ojos a la realidad, a hacer nuestro el deseo de Jesús: «*Que sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado*» (Jn 17,21), a hacer realidad lo de tener «*una sola alma y un solo corazón en Dios*» como nos dice la Regla de S. Agustín en la que se apoya la vida fraterna de todo dominico/a.

Dentro de la familia se vislumbra que estamos abocados a la interculturalidad e intercongregacionalidad, a la fraternidad familiar y universal. El futuro pasa por fortalecer el sentido de pertenencia, la creación de nuevas comunidades multiculturales e intercongregacionales insertas, la integración plena de laicos, de miembros que pertenezcan a las múltiples nacionalidades en las que está presente la Orden, manteniendo proyectos comunes de predicación y evangelización.

Y lo que es más importante: el futuro de la familia dominicana pasa por descubrir las nuevas fronteras de pobreza, marginación e injusticia, los lugares donde los derechos humanos son pisoteados..., para insertarnos en ellas como familia y luchar por defender a los últimos. Por crear nuevas presencias y ámbitos en los que se hagan visibles el amor, la misericordia, la compasión que Dios tiene por la humanidad herida y sedienta de Él.

Hna. M.^a Jesús Carro Ferrero
Dominica de la Anunciata